

La pandemia:

Quizá lo más destacable de la pandemia haya sido lo lejos que nos dejó de todas las personas que amábamos durante mucho más tiempo del esperado, y en contra parte agota las relaciones interfamiliares hasta un extremo donde la irritabilidad parece gobernar la mayoría de los hogares y al mismo tiempo, curiosamente, es tan difícil estar realmente solo. Nos encontramos con una relación tan impersonal con nuestros pares, quizá como estudiante de un instrumento entiendo lo difícil que es para varios profesores amoldarse a la poca calidad de sonido que ofrecen las plataformas y sentir ese conflicto interno de estarle hablando a una pantalla y casi ni sentir al alumno del otro lado. Por mi parte como adolescente es realmente más difícil de lo que parecía alejarse de los amigos y el colegio.

Pero en esta dualidad de estar solo y asfixiados, encontramos la manera de escapar de la realidad una vez más, de marearse con la misma red social una y otra vez hasta terminar dominado por la pesadez del sueño. Costó mucho afrontar el cambio principal de la cuarentena, esa ansiedad por todas las cosas que suceden fuera de nuestro control y que incluso desconocemos. Agregando la impotencia de estar encerrado mientras las sierras de Córdoba sufren el infierno y las cenizas de la inconciencia regando cada vez más lugares icónicos de nuestra provincia.

Recuerdo que un martes a las cinco de la tarde me encontraba sumergida entre apuntes mal abrochados, una pizarra manchada con tinta de marcador y una taza de té ya frío, supuse que estaba cerca de una respuesta y entre tanta ansiedad tapada con responsabilidades extras, encontré algo sobre Mario Bunge “La filosofía está pasando por un mal trance, porque no hay pensamiento original” Tiempo después en mi búsqueda sobre la ciencia encontré una frase de Kant que decía “No se puede enseñar filosofía, sino aprender a filosofar” referido a que la filosofía no consiste en aprender una serie de datos en orden como si se tratara de ciencia, incluso se dice que mientras más personas hayan filosofado a lo largo de la historia, más difícil será para el nuevo filósofo pues debería volver a hacer el proceso con cada autor. ¿Podríamos decir que en la actualidad no hay muchas personas filosofando? Y si ese fuese el caso ¿Qué tiene que ver con la cuarentena o peor aún, con la pandemia?

Carl Gustav Jung decía que las personas extrovertidas e introvertidas como las definían las personas en general, pues según Jung, una persona introvertida es aquella que deja florecer sus ideas en la soledad de su medio interno, que encuentra en sus propias reflexiones y pensamientos toda la energía creativa que necesita, a diferencia de los extrovertidos que necesitan estímulos externos. Resulta que la mayoría de los espacios comunes o públicos que tenemos han sido adaptados para este segundo tipo de personas, desde las escuelas hasta los trabajos, trabajar en grupos, poner ideas en común o mezclarlas para tener pluralidad. El problema es que estas cosas escapan muchas veces de los lugares de trabajo y obligan a varias personas a adaptarse a la fuerza a ambientes que no son para nada de su agrado, y en donde se someten a personas a la sobreexposición de estímulos externos llegando al punto donde nos cuesta estar concentrados o asimilar contenidos largos como libros o artículos de más de quince páginas, es donde no hay verdadera libertad de pensamiento, ni tiempo para reflexionar o sanar. Todo está perfectamente diseñado para ser rápido, preciso y sobre todo, distraernos de la voz que últimamente no nos está dejando dormir por las noches. Pero nos hemos vuelto expertos callándonos y aplastando nuestra ansiedad. ¿Ha notado como los medios pasan de una noticia horrible a los resúmenes de fútbol? En realidad ese no es el problema, sino que le seguimos el hilo perfectamente. Es correcto, en estas épocas es mejor dejar las malas noticias a un lado para no caer en una angustia profunda y arrolladora, pero no me refiero a eso, es más, tomaré este punto para decir que lo mejor que podemos hacer por nosotros mismos es desconectarnos de esas pantallas de la forma en la que nos hemos hecho dependientes. Porque propagandas para apagar el celular y hablar con la persona que tenemos al lado hay muchas ¿Qué hay de hablar con uno mismo? Creo firmemente que no hay cosa de mayor provecho que conocerse a uno mismo y casualmente, si tenemos la oportunidad de hacerlo como adolescentes, tenemos algo de tiempo para hacerlo.

Mientras estemos encerrados podríamos pensar sobre nuestro mundo interno, explorarlo y hacerlo completamente nuestro y no una extraña voz molesta que apagamos con nuestros impulsos de los cuales somos esclavos en busca de la libertad que ansiamos en nuestro deseo de ir en contra del yugo que sentimos todos los días en la rutina, caemos en los más hondos vicios banales y degradantes, pues en ambas estamos igual de presos, en ambas somos ocio desperdiciado y una mente en deterioro que exige a sus sentidos y su reflexiones ser más, ser mejor y ser parte de algo más grande. Si no podemos hacer nada por el mundo ahora, podemos empezar por nosotros mismos entre la bestia como la llamaba Nietzsche, o del súper hombre. Imagine un mundo donde todos aprendan a ser uno mismo en base a la autodeterminación de búsqueda del conocimiento, de identificarse con uno mismo en los pensamientos más profundos donde viva y domine el ahora interior y donde el vacío sea un concepto que en lugar de arañar el pecho sea un silencio sanador para el mundo interno que ignoramos. La revolución es totalmente interna y merece ser escuchada más como lo que es en cada uno, que como la A que se vende por montones en remeras en los locales de ropa rockera.

Pero esto no es desmerecer el trabajo colectivo, entre esta angustia nos nace un deseo de estar juntos, pero ya no por los lazos sentimentales o los vínculos que cultivamos por años con nuestro cercanos, sino con todos, con la sociedad. Las sociedades llegaron al lugar donde se encuentran gracias a un proceso evolutivo que nos demostró que unidos somos muchos más fuertes y capaces de sobrevivir, encontrar en la cooperación un mismo camino y no una polarización absurda. Estar alejados también nos hizo notar la desigualdad que pasamos pero los mismos objetivos que perseguimos, el cristianismo trató de decirnos todo este tiempo que somos iguales, porque si la persona que tenemos del otro lado hubiese tenido exactamente nuestra vida sería casi igual a nosotros, nos diferencian aspectos que no dependen del todo de nosotros, como el lugar donde nacemos, donde nos educamos y con quienes nos juntamos. Imagínenos juntos, unidos por las mismas necesidades, somos más parecidos de lo que nuestros líderes trataron de hacernos creer, juntos el poder sería tan frágil como un segundo.

Ante la adversidad de la forma más simple de vida (un virus) nos damos cuenta que aunque seamos un proyecto de máquinas en un sistema perfectamente diseñado, podemos ser un proyecto de humanos, con planes para afrontar la pandemia, la muerte y las injusticias. Porque estando solos, encontramos la libertad y estando juntos, genuinamente juntos, encontramos la humanidad.

[La ansiedad, depresión y demás problemas son cuestiones tan difíciles de tratar como las enfermedades físicas, pues es la mente humana la selva más enmarañada en la que uno pueda adentrarse, pero es nuestra. No encuentre cura en esto, pero si un camino. En este texto no me refiero a enfermedades mentales en ningún momento.]

Laura Moonlee